

## DE CICATRICES, PRONTUARIOS Y NO-FICCIÓN

Pavel Oyarzún Díaz  
Universidad de Magallanes  
pavel36@yahoo.com

“En estas dos instantáneas, puede resumirse la vida de un hombre”, dice Rodolfo Walsh, en un pasaje inicial de su novela-reportaje *Operación Masacre*, de 1957. Sin embargo, yo no creo en ello. Quiero decir que no creo que la vida de nadie pudiera reunirse en un par de instantáneas. Ni en diez. Ni en cien. El propio Walsh tampoco lo juraría. Presumo que son meras licencias que a menudo nos tomamos escritores y escritoras para dar con un atajo, por el cual llegar a una sentencia que contribuya al relato. Nada mejor que una línea definitoria, aun cuando no fuera la estricta verdad. La meta de un novelista no es la verdad, sino la verosimilitud: dos categorías, no equivalentes. Una novela no es filosofía, ni es historia. El propósito perentorio de una obra literaria –y en ocasiones, el único propósito–, es brindar potencia al texto. Insuflarle energía, movimiento. Porque es vida humana, o vida a secas, la que debe estar plasmada en su poética. En consecuencia, siempre me ha parecido una verdadera audacia el intentar contener, en una novela, la existencia de alguien, de quien sea, aun cuando no esté marcada por un hecho extraordinario. Que se tratara de una de esas vidas mínimas, perdida en el curso de días sin objeto, de las que hablaba González Vera. Vidas de conventillo. De sótanos. Vidas anónimas, diluidas en los andurriales suburbanos. Pues bien, aun en aquellos casos, como lo demostró el propio González Vera, o Juan Rulfo, la existencia de cualquiera está hecha de un enjambre de acciones, de pequeñas conmociones, del azar, de la inefable intuición, en fin, aquel nudo de circunstancias en que se verifica, por un tiempo indeterminado, toda existencia humana.

Si acaso resulta una audacia intentar retratar la vida de alguien, por simple y llana que parezca, esto se convierte en temeridad directa cuando la finalidad del autor es contener la vida –episodios cruciales– de quien vivió y sufrió un acontecimiento desmesurado, que desbordó su existencia. Y que aún le desborda, después de casi cincuenta órbitas.

Creo que no solo quien, debido a una minucia, como pudiera ser que la bala del fusilero se encasquillara, o el viento la desviara un par de milímetros, o que lo dieran por muerto, por un error de ángulo, puede ser considerado un sobreviviente. Creo que todo quien –usted, por ejemplo– haya sido arrancado del hogar, de su trabajo, de la sala de clases, a la hora marcada en el reloj de los verdugos, para enseguida ser llevado hasta un camión militar, alzado a él, con los ojos vendados y el caño de un fusil punzando sus

costillas, su cabeza, bajo insultos, bajo risotadas y amenazas –sí, usted, por ejemplo–, es y debe ser considerado un sobreviviente. Tal cual. Sin más pormenores; porque, suponemos, que no hemos venido al mundo para ser arrestados. No fuimos advertidos del secuestro. No fuimos preparados para aquello, sino para vivir una vida normal, como cualquier hijo o hija de vecino. Una vida civil, de estudio, de trabajo. De costumbres y hábitos. De un andar confiados por la calle. De no temer que vengan por uno, por usted, en mitad de la noche. Sin embargo, de pronto, está metido en esa pesadilla. Usted está allí, en el centro del delirio, en el vórtice. Y todo gira a gran velocidad. Y todo eso es real. El lugar, el tiempo, los golpes, son verídicos. Todo es verídico. Puede sumar más todavía: un par de horas después, aún con estupor en el cuerpo, usted es arrojado de la cama y luego llevado a un patio, o a un gimnasio, o un corredor a oscuras y sin saber cómo y de dónde, viniesen por usted, de nuevo, separándolo del resto, de su propia sombra, y le llevaran, otra vez, con los ojos vendados, hasta un lugar del que solo podría decir que existe una escalera, que se escuchan pasos, murmullos rasantes, portazos. Y sabe que no está solo. Presiente que, desde algún lugar, muy pronto, alguien le asestará un puntazo, le darán con algo; entonces, usted es y debe ser considerado, dos veces, un sobreviviente. Tres veces. O multiplíquelo por diez, a pesar de saber que no hay forma de cuantificar, con exactitud, el dolor y el pánico. Porque, a fin de cuentas, suponemos, no hemos venido al mundo para ser torturados, para recibir miles voltios en el pecho, en la boca, en los genitales, ni para *el teléfono* que nos deja sordos, sin equilibrio.

Entonces, y en atención a lo dicho aquí, Guillermo Mimica, autor de la novela *Alvarado* (Ediciones Universidad de Magallanes, 2021), que hoy presentamos, se metió en un buen lío. En un gran lío. Se involucró en otra vida. En otra guerra. Y se metió a fondo. El personaje –Alvarado– y su historia, le tomó el corazón. Ocupó su tiempo, su campo visual. Este es un camino sin retorno, mientras perdure la escritura, y más allá todavía, ¿por qué no? Todo es probable. Lo cierto es que ahora está comprometido, hasta el insomnio, con el destino del relato. Con el destino de su protagonista que está allí, de cuerpo presente, en la ambivalencia de lo veraz y lo literario. Comprometido con la secuencia de los hechos, a veces sobrepuesta. O en un *racconto*. Se trata de un pacto tácito, y no obstante duro, como un decreto de confinamiento. Esta religión queda expuesta, tras cada página. Aquí hay un autor imbricado en el tejido de esta trama, en este fragmento de realidad. Se arriesga en ella. Se involucra, deduzco, hasta sentirse parte de este decurso. Esta condición es, precisamente, una de las virtudes de la novela: tras el relato, o en su base de sustentación, existe un escritor implicado, un coprotagonista. Esto –créanme desocupados lectores, lectoras– puede hasta palpase. Está presente en la bonhomía de ciertos diálogos, con la lluvia como música incidental. O en los silencios, de quienes, al filo de un pasaje, charlan o ríen. Esta apuesta al todo o nada que se respira en la lectura es la que lleva a Guillermo Mimica a asumir el dolor ajeno, escribir desde otra memoria, desde otro tiempo: un tiempo en la mazmorra –bien podríamos agregar–, en el acantilado del miedo, en la quemadura, en la ceguera.

A pesar de su sino carcelario, *Alvarado* comienza con la lluvia de Chiloé. Aquel cielo que parece venirse abajo. Hasta el repicar de ese diluvio llega un narrador, en busca del personaje: Luis Alvarado Saravia. En otros términos, en busca de la causa. Es un primer viaje. Vendrán otros. Pero, en definitiva, toda la novela es un cruce de traslaciones. De épocas. Trechos de una línea temporal, algunos de ellos sobrepuestos. Entre esos, el tiempo del túnel. De los bandos militares. De los interrogatorios. Aquel tiempo, de civiles y *gentilhombres* que, de la noche a la mañana, aparecieron en uniformes de combate, como vestidos para una fiesta macabra. En la novela, se asoman y diluyen estos rostros, fantasmales, dibujados o prefigurados, en una bravata que estremece la noche. Horas, días y meses, tras aquel 11 de septiembre del 73, aquella frontera –pesadillesca– que partió en dos su vida.

Ahora, entre nos, y en paréntesis, confieso que al leer los párrafos del tiempo del túnel trataba de imaginarme aquellos rostros, de fiscales y jueces, de los consejos de guerra. Imaginar esas máscaras, de militarotes de voz metálica, de gesto adusto, exagerando la nota, montando una opereta, repartiendo condenas de muerte, o perpetuas, como quien reparte golosinas, desde la tarima de su prepotencia. Entonces, me preguntaba: ¿Cuánto creían ellos, parapetados en sus modales de milicos fieros, que duraría el poder de la Junta Militar? ¿Un siglo? ¿De verdad que pensaron que tanto? ¿O más? ¿Acaso, las centurias que perduró la *Paz Romana*? ¿O el milenio que prometió el Tercer Reich? ¿Cuánto creyeron, de verdad, que duraría?

Cerrado el paréntesis, regreso a la novela. Más bien, regreso a algunas de las sensaciones –o debiera decir, turbaciones– que me dejó su lectura. La verdad, cuando leemos, lo hacemos en compañía de otros libros. En este caso, leí *Alvarado* en buena y cruenta compañía; valga el oxímoron. Hablé de *Operación Masacre*. Hice esta relación, por el tono de aquel primer asombro o incredulidad de las víctimas, en contraste con el desparpajo de sus verdugos. También hice el cruce con *Si esto es un hombre*, de Primo Levi. De igual modo con *La Noche*, de Elie Wiesel, por cierto, mencionada por el autor en su novela *Alvarado*. Pues bien, las obras recién citadas –y esta novela– hacen que uno –siempre un desprevenido lector– supere la imagen de la página, los bordes del relato, y quede pensando en infiernos de ese tipo. Porque amén del tormento relatado, lo monstruoso es que existió esta maquinaria del mal, diseñada y construida, minuciosamente, para reducir, resquebrajar y destruir la condición humana. Porque eso, y no otra cosa, fue Auschwitz. Toda una maquinaria. Una organización. Aquello es, ya apagado el rumor de las víctimas y dispada la humareda fúnebre sobre el campo de exterminio, lo que nos horroriza hoy día; aquella estructura, con sus treinta y más barracones, su laboratorio, sus celdas, sus salas de trabajo, en fin, todo ese sistema erigido, para aniquilar. Tal fue Dachau. O Treblinka. O un Gulag, cerca de Magadán, o de Ekaterimburgo. Más allá de épocas, cifras y proporciones, es un mismo principio funesto el que sostuvo la Escuela de Mecánica de la Armada, Provincia de Buenos Aires. Y también Pisagua. Y Londres 38. Y los regimientos de Punta Arenas. Isla Dawson. Maquinarias del mal, que no surgieron

de un día para otro. Desde luego que no. Se fueron construyendo en secreto –y no tan en secreto, quizás– con tiempo, con paciencia de verdugo. Allí, junto a la vida civil, ingenua, desprevenida, fueron ajustando sus piezas, poniéndose a punto, para echar a funcionar. Es esto, a mi juicio, lo más espeluznante. Me refiero a esa esmero paciente, oculto, puesto en el diseño y funcionamiento de la máquina del mal, los engranajes del horror.

Esto último, pudiera ser un trasfondo de esta novela. Habrá otros, sin duda. Puede que tantos, como lectores y lectoras tenga.

Aunque *Alvarado* fue escrita sobre un testimonio y sobre fuentes verificadas, ante todo es una novela. Digo esto porque, como sabemos, una novela no solo es un argumento, o varios, sino que también es su formato, su andamiaje.

Con respecto a lo formal, al igual que con el cariz dramático de su historia, establecí relaciones; conecté con otras lecturas, algunas de ellas muy remotas. Recordé, por ejemplo, *Niebla*, de Miguel de Unamuno. Más bien recordé la impresión que me provocara presenciar la rebelión de un personaje, en la propia cara de su autor. Y del desprevenido lector. Pues, leyendo *Alvarado*, sin dar detalles, obtuve una sensación similar; vale decir, de personajes autónomos, movidos por voluntad propia, o inmersos en un juego de espejos, al borde de la alucinación. Creo que este es otro acierto de Guillermo Mimica: Brinda un oxígeno lúdico, de humor, de contratiempos necesarios, de respiro, en fin, de un sentido humano que se extiende, junto con su personaje, más allá del muro de los recuerdos. Recordé a Onetti; a Brausen, que asoma, desaparece, y regresa, con mayor autonomía, orillando el astillero, o doblando una esquina cualquiera, en Santa María.

Por otra parte, *Alvarado* puede inscribirse, tranquilamente, en la no-ficción. En la novela reportaje. Es decir, *Alvarado* está en zona de nadie. La obra se establece, o mejor, transita por esta hibridez, donde un borde del testimonio –documento al pie de la letra, declaración jurada– topa con la creación literaria. No obstante, la permanencia en el área intermedia de la no-ficción no resulta incómoda ni impostada. Pareciera que desde un inicio fue pensada para instalarse, en la frontera. Sea como fuere, esta obra tiene licencia para eso; porque no es la transcripción de un testimonio. No es una crónica. O un reportaje, cien por cien. El autor no persigue decir la verdad, como finalidad artística, sino verosimilitud, objetivo ulterior de toda novela. O casi. Que los hechos narrados se proyecten, sin interferencias de incredulidad, en la pantalla del lector. Los hechos son veraces, lo sabemos; pero no basta una secuencia de ellos para obtener literatura de no-ficción. Para lograr este rango, todo debe resultar verosímil, incluido lo imaginario, las conjeturas, las presunciones. Los silencios. Y en *Alvarado*, esto se cumple. Otra medalla al mérito –literaria, desde luego–, para el autor.

Subrayamos, además, otras bondades del texto. Digamos que bondades prácticas: Se trata de una novela de lectura fluida. Envoyante. Cuesta muy poco, o nada, sumarse al ritmo de esta narración. Hacerse partícipe de los hechos, aun de los más cruentos, como así también, de un respirar aliviado, cotidiano, según venga la mano.

¿Qué pedimos a una novela, al momento de entrar en ella? Que sea creíble. Que su lectura sea una aventura vívida. Que entregue algo de humanidad. Que sea honesta. Que no tenga trucos flagrantes, artificios, como diría Carver. Que, en ella, su autor, haya puesto el corazón. Nada más. Nada menos. Pues bien, en esta novela, hallarán aquello.

